

Prudencio Iglesias Hermida
Vicente Blasco Ibáñez
(*El Duende*, 22-2-1914, pp. 1-2)

El rostro de nuestros semejantes nos interesa siempre poderosamente. Entre las altas figuras de la literatura española contemporánea, hay tipos faciales rectilíneamente definidos. El rostro de Vicente Blasco Ibáñez es árabe, pero de uno de esos árabes bravos y severos que galopan por la tierra legendaria del desierto, de espaldas siempre, orgullosamente, a la falsa y vieja civilización de Europa.

Blasco Ibáñez es un levantino. Los hombres de su compleción moral y física nacen solamente en las playas de Chipre, de Alejandría, de Valencia...

Esos hombres de espíritu simpáticamente falso, enamorados del sol pleno y del mar azul, que según la fuerza con que impresione sus cerebros la luz del sol ardiente, son capaces del heroísmo o de la abyección; esa raza de pintores, de descriptores, tiene en Blasco Ibáñez su más definitivo símbolo.

Realmente, es asombrosa la sensación plástica que producen las descripciones de Blasco. Su retina de pintor retiene poderosamente los paisajes iluminados a pleno sol, y les da luego forma y color, valiéndose para ello de la pluma con el poderío impulsivo, que era el único y aún no resucitado oriente de la maestría de Velázquez.

La obra general de Blasco Ibáñez ha enriquecido a la arquitectónica española con muchas soberbias construcciones. Blasco Ibáñez es un descriptor que no comenta. Ante un panorama meridional, prepara pinceles y paleta y traslada rápida y fielmente la visión luminosa.

La demostración de la soberanía descriptora de Blasco se ve múltiplemente.

En *Oriente*, cada página, cada párrafo, da la completa sensación plástica de lo que retrata. En este libro se halla la visión definitiva del Oriente abigarrado y pintoresco, del Oriente del sol y de la media luna.

España debe al gran novelista páginas de luz y color que no han sido superadas. Y por ellas, y por las que aún ha de escribir, la juventud española aclama a Blasco Ibáñez triunfador.

De su vida en las pampas trae Blasco Ibáñez materiales de observación para hacer un ciclo de novelas.

Desde luego, ninguna de ellas llegará a *La barraca*. Eso solo se hace una vez en la vida, y basta. Ahora, Blasco Ibáñez, desentrenado y millonario, es posible que no sepa escribir. Así, en seco; es posible que a Blasco se le re vuelvan las palabras, se le resista la prosa y no se le ocurran más que imágenes vulgares y sin fuerza.

Hubo un día en que a Blasco Ibáñez novelista le sobraba la energía y el temple. Blasco Ibáñez fue un elemento de la naturaleza. Pero hoy, *relajados los músculos del cerebro* (hay que fijarse), tengo la seguridad de que Blasco, puesto al telar, se asombrará él mismo de lo bruto que se va a encontrar por dentro. No se puede, impunemente, abandonar el arte por un antojo, irse a colonizar terrenos, volver de nuevo al arte y encontrarse tan fuerte, ágil e inteligente como antes. ¡Ca!

Necesito que Blasco Ibáñez fracase en su intento de hacer novelas argentinas. Otra cosa me molestaría mucho. Claro es que tengo a mi favor un hecho consumado: el libro titulado *La Argentina y sus grandezas*, que es una de las historias más irreflexivas que se han escrito.

Don Vicente, hágame usted caso. Esas trilogías de novelas de La Pampa que, como todos sabemos, está usted escribiendo, procuro que le salgan todo lo peor posible. Es un favor que espera su seguro servidor, etc.